CAPÍTULO I. *De el ingenio y habilidad de los indios para todos los oficios; y primero se trata de los que ellos usaban antes que viniesen los españoles*

PORQUE LOS RELIGIOSOS, DEMÁS DE ENSEÑAR a los indios a leer, escribir y cantar, y algunas otras cosas de la iglesia (como adelante se dirá), pusieron también diligencia, y cuidado de que aprendiesen los oficios mecánicos y las demás artes que la industria humana tiene inventadas, es bien presuponer el ingenio y habilidad que los mismos indios tenían de su parte para percibir lo que se les enseñase y el primor que mostraban en los oficios que usaron en su infidelidad, antes que conociesen a los españoles. Había entre ellos grandes escultores de cantería, que labraban cuanto querían en piedra, con guijarros o pedernales, porque carecían de hierro, tan primorosa y curiosamente, como nuestros oficiales, con escodas y picos de acero, como se echa hoy día de ver en algunas figuras de sus ídolos que se pusieron por esquinas sobre el cimiento en algunas casas principales de esta ciudad, aunque no son de la obra curiosa que hacían; las cuales piedras mandó picar y disfigurar don García de Santa María, arzobispo que fue de este arzobispado, aunque en su tiempo era ya tan tarde esta diligencia que los indios que viven no sólo no las estiman, pero ni aun advierten si están allí o de qué hubiesen servido. Los carpinteros y entalladores labraban la madera con instrumentos de cobre. Las piedras preciosas labraban los lapidarios, con cierta arena que ellos sabían, y hacían de ellas las figuras que querían. A los plateros faltábanles las herramientas para labrar de martillo, pero con una piedra sobre otra hacían una taza llana y un plato. Con todo eso, en fundir cualquiera pieza o joya de vaciadizo, hacían ventaja a los plateros de España; porque fundían un pájaro que se le anda la cabeza, la lengua y las alas; y vaciaban la figura de un mono o otro animal que se andan cabeza, lengua, pies y manos; y en las manos le ponen unos trebejuelos que parecen bailar con ellos; y lo que más es, sacan un pez, la mitad de oro y la mitad de plata, una escama de plata, otra de oro, de que se maravillaron mucho los plateros de España. Pintores había buenos que retrataban al natural, en especial aves, animales, árboles, verduras y cosas semejantes, que usaban pintar en los aposentos de los señores; mas los hombres no los pintaban hermosos, sino feos y medio monstruos, que parece lo permitía Dios, que la figura de sus cuerpos asemejase a la que tenían sus almas, por el pecado en que siempre permanecían; más después que fueron cristianos y vieron nuestras imágenes de Flandes, de Italia y de otras partes de Castilla, y las que acá se pintan, no hay retablo, ni imagen, por prima que sea, que no la retraten y contraha-

gan. De bulto hay muy buenos escultores, y tengo en este pueblo de Santiago indio natural de él, que se llama Miguel Mauricio, que entre otros buenos que hay es aventajadísimo, y son sus obras mucho más estimadas que las de algunos escultores españoles, y juntamente con ser tan buen oficial, no es notado de vicio ninguno. De hueso hay algunos que labran figuras tan menudas y curiosas que por cosa muy de ver las llevan a España; como llevan también los crucifixos huecos de caña, que siendo de la corpulencia de un hombre muy grande, pesan tan poco que los puede llevar un niño, y tan perfectos, proporcionados y devotos, que hechos (como dicen) de cera, no pueden ser más acabados. Había oficiales de loza y vasijas de barro, para comer y beber, muy pintadas y bien hechas, aunque el vidriado no lo sabían, pero luego lo aprendieron del primer oficial que vino de España, por más que él se guardaba y recataba de ellos. Otros vasos hacían de ciertas calabazas muy duras y diferentes de las nuestras, y es fruta de cierto árbol de tierras calientes. Éstas las pintaban (y pintan hoy día) de diversas figuras y colores, muy finas, y tan asentadas que aunque estén cien años en el agua nunca la pintura se les borra, ni quita, y pónenles a algunas unos pies como de cálices, de la misma labor, y son vasos muy lindos y vistosos.

Para su vestido (mayormente de los señores y de los ministros del templo en su ministerio) hacían ropas de algodón blancas, negras y pintadas, de diversas y muy finas colores, gruesas y delgadas, como las querían, y muchas como almaizales moriscos; otras hacían de pelo de conejo, puesto, tejido y enjerido con hilo de algodón, que usaban la gente principal a manera de bernias, por no haber frío; porque son muy calientes, suaves y blandas, y tan artificiosamente hechas que es cosa de maravilla. En lugar de alfombras hacían esteras de hoja de palma y de juncia, muy delicadas, y muchas de ellas pintadas, poniendo parte de la palma o de la juncia de colores entretejidas que podían servir en casas de gente muy principal de Castilla, de paños de pared, especialmente en los veranos, por ser tan frescas y juntamente vistosas. Había también oficiales de curtir cueros de venados, leones, tigres y de otros animales, y de adobarlos maravillosamente con pelo y sin pelo, blancos, colorados, azules, negros y amarillos, tan blandos que hacen hoy día guantes de ellos. Demás del calzado común (que eran sandalias de cáñamo del maguey, que es la cepa de su vino) hacían también para los señores y principales alpargates, muy delicados y pulidos, del mismo cáñamo y algodón, y algunos muy curiosos, pintados y dorados. Pero lo que parece exceder a todo ingenio humano es el oficio y arte de labrar de pluma, en la provincia de Mechoacán, con sus mismas naturales colores asentadas, todo aquello que los muy primos pintores pueden pintar con pinceles. Solían hacer y hacen muchas cosas de pluma, como aves, animales, hombres, capas o mantas para cubrirse, y vestiduras para sacerdotes de el templo, coronas o mitras, rodelas, mosqueadores y otras maneras de cosas que se les antojaban. Estas plumas eran verdes, azules, coloradas, rubias, moradas, encarnadas, amarillas, pardas, negras, blancas, y, finalmente, de todas colores, no teñidas por ninguna industria

humana, sino todas naturales, tomadas y habidas de diversas aves; y a esta causa tenían en gran precio cualquiera especie de aves, porque de todas se aprovechaban, hasta de los muy mínimos pajaritos.

Pues si tratamos de el tiempo presente, después que vieron nuestras imágenes, y cosas muy diferentes de las suyas, cómo en ellas han tenido larga materia de extender y avivar sus ingenios; es cosa maravillosa con cuanta perfección se ejercitan en aquella su sutil y para nosotros nueva arte, haciendo imágenes, retablos y otras cosas de sus manos, dignas de ser presentadas a príncipes, reyes y sumos pontífices. Y hay otra cosa de notable primor en esta arte plumaria, que si son veinte oficiales toman a hacer una imagen todos ellos juntos, y dividiendo entre sí la figura de la imagen en tantas partes cuantos ellos son, cada uno toma su pedazo y lo va a hacer a su casa, y después viene cada uno con él y lo van juntando con otros, y de esta suerte viene a quedar la imagen tan perfecta y acabada como si un solo oficial la hubiera obrado. Y no es poco de notar que lo mismo que estos oficiales hacen de pluma, otros muy comunes y desechados hacen de rosas de diversos colores, que ni más ni menos forman una imagen de santos, armas, letras y todo lo que quieren, asentando las hojas de las rosas y yerbas con engrudo, sobre una estera (que llaman petate) conforme a las colores que pide cada parte de las figuras y menudencias que quieren pintar, que queda la imagen y pintura tan graciosa y vistosa, que después que han servido en las iglesias, para donde se hacen en fiestas principales, las piden los españoles para ponerlas en sus aposentos como imágenes perfectas y devotas.

Oficiales tenían y tienen de hacer navajas de una cierta piedra negra o pedernal, y verlas hacer es una cosa que por maravilla se puede ir a ver hacerlas, y hácenlas (si se puede dar a entender) de esta manera: siéntanse en el suelo y toman un pedazo de aquella piedra negra, que es casi como azabache y dura como pedernal, y es piedra que se puede llamar preciosa, más hermosa y reluciente que alabastro y jaspe, tanto que de ella se hacen aras y espejos. Aquel pedazo que toman es de un palmo o poco más largo, y de grueso como la pierna, poco menos, y rollizo. Tienen un palo de el grueso de una lanza y tan largo como tres codos o poco más, y al principio de esta asta ponen pegado y bien atado un trozo de palo de un palmo, grueso como el molledo de el brazo y algo más; y éste tiene su frente llana y tajada y sirve este trozo para que pese más aquella parte. Juntan ambos pies descalzos y con ellos aprietan la piedra con el pecho y con ambas manos toman el asta, que dijimos era como vara de lanza, que también es llano y tajado y pónenlo a besar con el canto de la frente de la piedra, que también es llana, y tajada, y entonces aprieta hacia el pecho y luego salta de la piedra una navaja, con su punta y sus filos de ambas partes, como si de un nabo la quisiesen formar con un cuchillo muy agudo o como si la formasen de hierro al fuego y después en la muela la amolasen y aguzasen y últimamente le diesen filo en las piedras de afilar. Y sacan ellos en un credo de estas piedras, por la manera dicha, como veinte o más navajas. Salen éstas casi de la misma hechura y forma de las lancetas con que nues-

tros barberos acostumbran sangrar, salvo que tienen un lomillo por medio y hacia las puntas graciosamente salen combadas, cortarán y raparán la barba y cabello con ellas, y de la primera vez y primero tajo, poco menos que con una navaja aguzada, más al segundo corte pierden los filos y luego es menester otra y otra para acabar de raparse el cabello, aunque a la verdad son baratas; finalmente muchas veces se han afeitado españoles seglares y religiosos con ellas; mas ciertamente verlas sacar es cosa digna de admiración, y haber acertado en el arte de sacarlas no es pequeño argumento de la viveza de los ingenios de los hombres, que tal manera de invención hallaron.

CAPÍTULO II. *De cómo los indios aprendieron los oficios mecánicos que ignoraban, y se perficionaron en los que antes usaban*

L PRIMERO Y ÚNICO SEMINARIO QUE HUBO en la Nueva España, para todo género de oficios y ejercicios, no sólo de los que pertenecen al servicio de la iglesia, mas también de los que sirven para el uso de las personas seglares, fue la capilla, que llaman de San Joseph, contigua a la iglesia y monasterio de San Francisco de esta ciudad de Mexico, donde residió muchos años, teniéndole a su cargo el muy siervo de Dios y famoso lego fray Pedro de Gante, primero y principal maestro e industrioso adestrador de los indios; el cual, no contentándose con tener grande escuela de niños que se enseñaban en la doctrina cristiana, y a leer y a escribir y cantar, procuró que los mozos grandecillos se aplicasen a aprender los oficios y artes de españoles que sus padres y abuelos no supieron, y se perficionasen en los que antes usaban. Para esto tuvo en el término de la capilla algunos aposentos y piezas dedicados para el efecto, donde los tenía recogidos y los hacía ejercitar primeramente en los oficios más comunes, como de sastres, zapateros, carpinteros, herreros, pintores y otros; y yo vi en la dicha capilla, en la fragua donde trabajaban los herreros y en otra sala grande, algunas cajas donde estaban los vasos de las colores de los pintores, aunque ya no ha quedado rastro de nada de esto; y por ventura, si este bendito religioso, en aquellos principios con su cuidado y diligencia, no los aplicara y aficionara a saber y deprender, según ellos de su natural, son dejados y muertos, mayormente en aquel tiempo que estaban como atónitos y espantados de la guerra pasada, de tantas muertes de los suyos, su pueblo arruinado; y finalmente de tan repentina mudanza y tan diferente en todas las cosas, sin duda se quedaran con los que sus antepasados sabían, o a lo menos con dificultad o tarde fueran entrando en los oficios de los españoles. Mas como comenzaron a desenvolverse con aquel ordinario ejercicio y se acudiciaron algo al provecho que se les seguía, demás de ser ellos como monas, que lo que ven hacer también lo quieren hacer,